

**COLECCION
MOVIMIENTO
SACERDOTAL**

1

carlos gonzález
rector del seminario
de santiago de chile

2 cartas a

seminaristas

de hoy

Edita:

Editorial ZYX, S. A.

Apartado 13048 M A D R I D

Reservados todos los derechos

Abril 1965.

Nihil obstat: D. Antonio Javier Lucía

Imprímase: D. Ricardo Blanco

Vicario General

N.º de Registro: M - 1519/65

Dep. Legal - M - 4839 - 1965

artegrat, i. g.—navas del rey, 23,—madrid

La recia personalidad humana y sacerdotal de Carlos González, Rector del Seminario Mayor de Santiago de Chile, es harto conocida en los medios pastorales latinoamericanos. Hombre de acción y consejo, educador de primera línea, forjador de numerosas generaciones sacerdotales, influyó y sigue influyendo decisivamente en la adecuada orientación del Movimiento Sacerdotal de Chile, con su línea ideológica y pastoral moderna, eco fiel del espíritu conciliar Vaticano II.

El y su Equipo han logrado un Seminario donde existe verdadera "comunidad", articulado en equipos, con una gran trabazón entre educadores y educandos. Una comunidad cristiana donde los Superiores son conscientes, en la práctica, de su vocación de servicio y diálogo. Una comunidad a la que se consulta y concede responsabilidad sobre la marcha del Seminario. Una comunidad donde cada seminarista es considerado como individuo y escuchado con el respeto que merece una persona. Una comunidad en la que la "masa" está ausente. En fin, un Seminario como creemos exige la época crítica que nos ha tocado vivir y que, por desgracia, no vemos abunde en el amplio mundo que reza en castellano.

Presentamos, con gozo, a la actual generación de Seminarios de habla hispana, dos cartas de Carlos González.

La primera pone sobre el tapete —con esa valentía cada vez más frecuente en la Iglesia actual— el tema de la pobreza y los pobres de hoy en su

relación con una estructura eclesial, en este caso el Seminario: El clero diocesano —dice a sus seminaristas don Carlos— está llamado a trabajar en muy buena parte, con los sectores más desamparados, y esto es vocación a una mayor comprensión del mundo de los pobres y a una pobreza más real, más cruda y más total... Vivimos en un barrio cercano a los más elegantes de Santiago... en un edificio que es un lujo para los núcleos suburbanos de la ciudad..., tenemos una extraordinaria casa de vacaciones... Nuestro standard de vida, sobrio según nuestra concepción, provoca al menos la admiración de los pobres..., es motivo de choque para los ambientes proletarios". Después, con una sencillez y humildad a las que el estilo del Concilio nos va acostumbrando, pide a sus seminaristas reflexiones por cursos sobre ese problema y le enriquezcan con sus ideas "para afrontar la realidad con valentía y decisión. Juntaré —dice el rector— todas las opiniones de ustedes, y espero poder resolver cosas concretas, de acuerdo con los profesores, y sobre todo, contando con las oraciones de todos para ser fieles a la Iglesia".

La segunda carta plantea el tema del ESPIRITU SACERDOTAL con una visión teológica y unas exigencias ascéticas que responden perfectamente a la línea de la espiritualidad del clero diocesano, en esta segunda mitad del siglo XX.

Estamos convencidos de que la lectura de estas páginas, y la serena reflexión sobre ellas, hará mucho bien, no sólo entre los hombres que habitan nuestros seminarios sino también en los estratos todos de nuestro sufrido, leal y evangélico clero diocesano, que marcha hoy, con más seguridad que nunca, a ocupar en la "Iglesia de los pobres" el puesto de capital importancia que la Providencia le depara y los tiempos exigen.

LUIS HERNANDEZ

una carta:
SEMINARIO Y POBREZA

I HACIA UN SACERDOCIO MAS EVANGELICO

queridos seminaristas:

“No basta estar seguro de que una obra pueda ser útil a las almas, para que nos pongamos a realizarla con toda urgencia. Es preciso que Dios la quiera para un momento dado, llegado el cual no debe postergarse; y de Dios es el tiempo. Debe pasar primero por el deseo y enriquecerse en él y purificarse, y sólo será divina a ese precio. Y aquel que tenga por misión ejecutarla, quizás no sea quien mejor la haya concebido. Es muy peligroso una maldición humana en el éxito demasiado entero y demasiado hermoso. No caminemos más aprisa que Dios. Lo que el Señor necesita en nosotros es nuestra sed, nuestro vacío; no nuestra plenitud.”

He colocado este pensamiento de Clerissac al empezar a escribirles sobre un sacerdocio evangélico reflexionando en toda la trayectoria de nuestro Seminario en los últimos años. Desde antiguos rectores hasta ahora hay un proceso muy

claro en la línea que ha seguido nuestro Seminario. Se ha ido caminando en una línea más pastoral, una pastoral de adaptación y de encarnación al medio y a los hombres de la época. Esa misma línea pastoral ha ido llevando al Seminario a un deseo más intenso de autenticidad y veracidad con el Evangelio y con todas sus consecuencias concretas. Cada día ha ido apareciendo más nítido un sacerdocio basado en la persona viva del Señor y en su divino Evangelio.

Es una trayectoria de años y es un proceso que ha ido germinando lentamente en los seminaristas y sacerdotes que han trabajado estos años en el Seminario.

Si hubiera algún sacerdote o seminarista que creyera que la concepción o la orientación actual es algo nuevo, estaría en un profundo error y en una posición de muy poca visión, con una buena dosis de orgullo.

Es importante saber ser discípulos y saber seguir la tradición y las enseñanzas de los mayores. Insisto en esto por el peligro que ven algunos observadores en la nueva generación sacerdotal, que es el de creer que todo está por hacer o por crear y que todo lo antiguo ya no sirve. Es un peligro real y a veces subconsciente de suficiencia, que hay que evitar y corregir con buena voluntad.

Con estos preliminares entraré en materia sobre el objeto de esta carta, que deseo mediten con profundidad y para que después, en conjunto, podamos ver cómo llevar a la práctica las líneas expresadas en ella.

Hoy día existe una inquietud grande entre ustedes por realizar una vida sacerdotal de acuerdo a la línea del Evangelio. Hay en muchos un anhelo de perfección y de santidad de lo cual no

hay más que dar gracias a Dios, es una bendición inmerecida del Señor.

Junto a esta inquietud por la santidad y la identificación con Jesús hay también en ustedes la conciencia clara del momento actual que atraviesa la Iglesia. Por la gracia de Dios, el Seminario parece darse cuenta del momento actual. Ustedes se dan cuenta del materialismo de la hora actual y de sus consecuencias. No puedo medir con exactitud la profundidad de esta toma de conciencia frente al socialismo ateo que amenaza al mundo actual.

He encontrado algunos trozos que sintetizan muy bien el problema y he resuelto proponérselos a ustedes.

“El socialismo ateo es, en esta forma de materialismo que se encuentra, el mayor peligro, porque el socialismo ateo no se presenta en primer lugar como ateo, sino más bien, como el solo medio posible para los pueblos de salir de la miseria, de la opresión y de la injusticia social e internacional.

Tenemos que preguntarnos ¿cuáles serán las consecuencias de este mundo nuevo que nace y toma forma habiendo ya conocido a la Iglesia? Porque el marxismo ha nacido en tierra cristiana, ha drenado valores cristianos, ha reflexionado sobre la historia de la Iglesia, para concluir que esta fase está ahora sobrepasada y que la Iglesia ya jugó su papel y que su misión ha terminado.

Es una situación nueva porque es la primera vez que los hombres se organizan un sistema TOTAL, que lo estiman la única solución para la humanidad.

¿Cuál es la misión de la Iglesia frente a este

acontecimiento que marcará, con seguridad, la historia del catolicismo durante los años que estamos viviendo?

Jamás la Iglesia se ha encontrado delante de un peligro tan grave y también delante de una ocasión única, apremiante, de sobrepasarse a sí misma, para tomar conciencia más profundamente de lo que Ella representa para la humanidad como única esperanza.

El comunismo y el socialismo ateo se sienten realistas, y la eficacia rápida de algunas de sus realizaciones puede confirmarlos en el sentimiento que tienen los marxistas de tener la verdad, toda la verdad, con la exclusión de toda otra concepción del desarrollo humano.

¿Cómo no estar preocupado pensando lo que pueden ser las estructuras económicas, sociales y políticas del mañana? ¿Dónde está la eficacia de los cristianos?

Entre el socialismo ateo, sus métodos, y el capitalismo materialista, que parece más y más imponente, bajo su forma actual, de resolver los problemas de justicia social, ¿qué es lo que hay que hacer y dónde está el camino que debemos seguir?

Es posible que, después de años de trastornos y de aplastamiento de las masas humanas, el comunismo tome conciencia de sus errores... Pero aun cuando desaparezca el socialismo ateo quedarán las estructuras sociales y económicas, que no podrán ser liquidadas de una plomada...

Se ve la gravedad del problema y la debilidad de las respuestas dadas hasta hoy día.

Trabajo urgente de un laicado que debe elaborar nuevas instituciones conforme a las realidades actuales.

Trabajo urgente de los teólogos, que deben indicar cómo aplicar los principios cristianos a circunstancias nuevas. En el número indefinido de tipos posibles de sociedades humanas no hay un solo medio de salvar la libertad del hombre, ni un solo medio de salvar la célula de la familia, ni una sola manera de dar garantías suficientes al hombre para su desarrollo espiritual.

La rapidez con que cambian las situaciones obliga a los teólogos y a la Iglesia a una igual rapidez de reflexión bajo el riesgo de no ser capaces de dirigir la evolución humana..." (1)

Frente a todo este nudo de problemas tan complejo y tan poco claro, las inquietudes y la desesperación de la humanidad no pueden encontrarse sin respuesta. Las respuestas deben venir del laicado adulto, de los teólogos y sobre todo de la vida de los cristianos, de la irradiación de un cristianismo vivo y atrayente que se exprese en signos visibles para todos los hombres.

Sabemos que Cristo estará con su Iglesia hasta el final de los tiempos y que su presencia es una realidad actual. Eso no quita que debemos, con esperanza y optimismo, buscar los caminos para afrontar la hora actual con lucidez y valentía.

En la hora actual, la Iglesia y en especial los sacerdotes, deben mirar al Señor con inmensa confianza y al Evangelio con total valentía.

En una encuesta sobre el Concilio, un encuestado contestó así: "En el Concilio la Iglesia se mirará en el Evangelio" ¡Si esto pudiera ser verdad! ¡Si nosotros hiciéramos lo posible para que esto sea verdad!

En nuestro Seminario debemos repetir lo de la

(1) (Colección "Recontres". *Un Concilio para nuestro tiempo.*)

encuesta y “mirarnos en el Evangelio” y proyectar cada día más la vida hacia una visión del sacerdocio en el espíritu del Señor y de su Evangelio.

II VALORES EVANGÉLICOS Y EN ESPECIAL LA POBREZA

Los valores evangélicos pueden reunirse en LAS BIENAVENTURANZAS, en la CARIDAD y en la CRUZ; pero en realidad en el sermón del monte están todos los valores del Evangelio en forma sintetizada por el mismo Jesús, y en las ocho bienaventuranzas están los ocho grados de amor que parten de la pobreza y llegan hasta el ser perseguidos por el Señor y su Reino.

La Caridad y la Cruz están atravesando y uniendo al sermón en su totalidad. Ocho grados de amor en una escala ascendente hasta la identificación con el Señor.

Cada seminarista puede tener predilección por alguna de las bienaventuranzas y hay vocaciones más marcadas hacia alguna de ellas; pero siempre habrá que tomarlas en su totalidad y para ser “bienaventurado” hay que tener el espíritu del sermón de la montaña en su totalidad.

La Virgen María es la bienaventurada por excelencia y el Magnificat es la expresión perfecta de un alma que vive íntegramente en el espíritu del Evangelio.

En esta carta solamente quisiera tratar sobre **LA POBREZA.**

“BIENAVENTURADOS LOS POBRES DE ESPIRITU PORQUE DE ELLOS ES EL REINO DE LOS CIELOS”

La pobreza no es la exclusividad ni mucho menos en la vida evangélica; pero es el exponente y la clave de perspectivas en este camino. Es el primer paso para realizar un sacerdocio evangélico.

¿Qué es la pobreza? ¿Por qué ser pobre? ¿Cómo conciliar pobreza material y pobreza de espíritu? Vivimos en un edificio que contrasta con las casas de las poblaciones obreras. ¿Cómo vivir el Evangelio en estas circunstancias concretas queridas por Dios?

Preguntas que ustedes frecuentemente se hacen y cuya respuesta es difícil y compleja.

Aparecen tres razones para realizar la pobreza:

1.ª La Persona de Jesús.

Es la primera y más importante razón para amar y buscar la pobreza.

Jesús nace en la pobreza. “No hubo lugar para ellos en el mesón”. “Las aves del cielo tienen sus nidos y las raposas sus madrigueras y el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar su cabeza”. Nace, vive y muere en la pobreza.

Se rodea de ambiente de pobres. Es “el hijo del carpintero”. Escoge a los apóstoles en su mayoría entre los pobres y rudos. Usa los medios pobres para salvar a la humanidad: la Cruz y el dolor son los medios que El escoge. Pudo usar sus milagros y escoge los caminos pobres y humildes.

Además de sus actuaciones en la vida, Jesús nos muestra una doctrina sobre la pobreza; "si alguno quiere ser mi discípulo, niéguese a sí mismo, venda lo que tiene, délo a los pobres y sígame".

Al joven rico: "si quieres ser perfecto..., déjalo todo, ven y sígueme". "Más fácil es que pase un camello..."

Jesús es "EL POBRE POR EXCELENCIA"; su vida, su doctrina, su ejemplo nos muestran un camino de pobreza.

Debe ser la primera y más importante razón. Hemos venido al Seminario por amistad con el Señor y Jesús debe ocupar todo el lugar en nuestra vida espiritual. Por amor a El debemos amar la pobreza que El amó.

El amor lleva a las semejanzas y nuestro amor a Cristo debe llevarnos a amar y realizar la pobreza.

"El discípulo no será más que el Maestro". Si creemos en El debemos seguirle con toda honradez y lealtad.

2.^a Razón de desprendimiento para llegar al amor. Razón ascética.

La pobreza es "el desprenderse de las cosas, de las personas, de sí mismo, para llegar al amor". La pobreza es la condición del amor. Ser pobre es estar con el alma desprendida para poder amar, para poder dar. Nadie da aquello a lo cual está apegado. Como privación de bienes es negativa; pero es positiva en cuanto que lleva al amor. Una pobreza amarga, con orgullo o tristeza no es pobreza. Una pobreza verdadera es humilde, es alegre, sin orgullo y sin condenar las actitudes de los otros. La pobreza verdadera no mide la pobreza de los demás. El orgullo de ser pobres es riqueza

muy peligrosa; en cambio la humillación de ser rico es el inicio de la pobreza. El amor siempre lleva a la pobreza; pero no siempre la pobreza lleva al amor.

Pobreza verdadera lleva a la magnanimidad del hombre porque le dilata el corazón y le hace alegre porque Dios va entrando en un alma en la medida en que hay despojamiento.

Con razón San Juan de la Cruz dice: "mía es la tierra, míos los hombres, mío es Dios, porque todo lo he perdido por amor a Cristo". Y ésta es la explicación del texto evangélico "quien pierde su alma, la salva".

Hay grados en el amor a Dios y también hay grados en la pobreza, en el desprendimiento de sí mismo.

Se supone que quien hace un voto de pobreza trata de realizar lo que es ese voto, que se puede definir como "arrancar del corazón el derecho de propiedad y el deseo y el derecho de poseer".

Aparecen en los manuales tres grados de pobreza que marchan equivalentes a tres grados de amor.

Al primer grado de pobreza, que consiste en desprenderse de los bienes de la tierra, y de las riquezas, corresponde el primer grado de amor, el más humilde, el de la limosna, el dar cosas, alimentos, comida...

Hay un segundo grado de pobreza, más interior, que lleva un mayor grado de amor. Es dar el tiempo, la salud, la vida, es sacrificarse hasta agotarse y a veces hasta la muerte.

Pero Jesús además de dar limosnas, ayudas materiales y además de dar su tiempo y hasta su

vida por amor se entregó a sí mismo EL DON DE SI MISMO corresponde al tercer grado de pobreza y al tercer grado de amor y ésta es pobreza más positiva. No tanto ser pobres para dar cuanto ser pobres para poder darse. Darse es una pobreza verdadera que liquida prejuicios, ironías, distancias. Darse como Jesús para llegar a la amistad verdadera, sin orgullos y sin prepotencias falsas.

Dice el Padre Hurtado que “los directores espirituales no insisten bastante en el don completo y las almas suelen quedarse en un comercio mediocre con Dios. Piden y ofrecen, prácticas, fórmulas. Esto no basta para vaciar el alma de sí misma, eso no la llena, no le da sus dimensiones y no la inunda de Dios. No hay más que el amor total que dilate el alma a su propia medida. Es por el don de sí mismo que hay que empezar, continuar y terminar. Hay que realizarlo de una vez o rehacerlo hasta que sea como connatural”.

Ese don de sí lleva a la pobreza verdadera y al amor total. ¿En qué grado de pobreza y de amor estará cada uno de ustedes?

Dios quiere que todos estén llegando al don del corazón y que estén aprendiendo a darse como el Señor en una oblación total de ustedes mismos. Dios quiere que ninguno se haya quedado en una concepción meramente externa y superficial de la pobreza porque, si así fuera, no estarán llegando al amor.

Dios pide un desprendimiento interior absoluto y es útil recordar lo de San Juan de la Cruz: “Es igual que un pájaro esté amarrado por un hilo o por un cable, porque por delgado que sea el hilo, mientras no se rompe, permanece siempre ligado y no podrá tomar vuelo; así es el alma que se apega a una cosa por pequeña que sea”.

Se nos pide un desapego real de nosotros mismos, de nuestros planes, de nuestros gustos y es verdadero lo que decía el Cardenal Saliége: "La pobreza no consiste en parecer pobre, consiste en vivir pobre; lo que no es lo mismo. No consiste en no tener ideas, consiste en estar desprendido de sus ideas y no consiste en no tener voluntad, consiste en ser dócil a la voluntad de Dios".

3.^a.—Solidaridad con los pobres.

Es la tercera razón de la pobreza. De cada tres hombres hay dos, hoy día, que duermen con hambre. Hay problemas de países menos desarrollados que viven un standard de vida infrahumana. Hay tristeza en los hogares, hay falta de paz porque se vive en condiciones que hacen casi imposible la práctica de la vida cristiana.

Todo esto debe llevarnos, si tenemos amor a los hombres a quienes está destinado el mensaje de Jesús, a un sentimiento de solidaridad y a un deseo eficaz de compartir sus problemas haciéndonos pobres con los pobres.

La solidaridad debe llevarnos a amar la pobreza y a vivir pobremente en un deseo de compartir la suerte de los humildes por amor a Cristo.

Es muy importante tener mentalidad evangélica y tener el alma pobre para entender a los hermanos. Es necesario ese desprendimiento interior de sí mismo y de los bienes para llegar al amor y es fundamental entender evangélicamente la vida.

El Señor pide vivir en perpetua revisión del estilo de vida que llevamos para estar de acuerdo con el Evangelio y para lograr una gran humildad interior frente al concepto de la pobreza.

Todo esto está bien, pero, además, se pide a

la Iglesia y a sus ministros signos visibles de que hay preocupación real por los valores divinos y que se puede vivir desprendido de los afanes materiales.

Los hombres de Iglesia aparecen con cierta frecuencia comprometiendo a la Iglesia en actitudes poco evangélicas y en una unión estrecha con los poderosos de este mundo. El rostro de la Iglesia aparece capitalista y burgués para los ambientes proletarios y no siempre se puede decir que los sacerdotes y los cristianos están libres de culpa.

Si alguna preferencia debe aparecer en las actitudes de los ministros de Dios debe ser hacia los pobres; Jesús nos ha enviado a evangelizar a los pobres, y de ellos es el reino de los cielos.

Si hoy día en Chile (o en España u otra nación, añadimos los que editamos el presente folleto) aparecemos los sacerdotes marcados como aliados con la injusticia y en defensa de los ricos es necesario un cambio de actitud que nos presente desligados de los bienes materiales y en franca solidaridad con el mundo de los pobres.

Si queremos insertar la Iglesia en el mundo obrero, que cada día crece con mayor fuerza, y si queremos entrar espiritualmente en ese mundo del trabajo, debemos trabajar por borrar prejuicios y actitudes de desconfianza de ese mundo hacia la Iglesia.

Para esto se requieren posiciones claras y una conducta que convenza de nuestra sinceridad. No bastan declaraciones o palabras hermosas y verdaderas. Se nos pide ser solidarios en una comunidad de destino, en un compromiso real con el mundo de los pobres y que en realidad estemos y nos sientan solidarios y responsables de los problemas que afligen al proletariado.

Mientras nuestras posiciones y nuestras actuaciones sean confusas y vacilantes es muy difícil que el mundo nos crea.

Hay adversarios poderosos en una campaña contra la Iglesia, que se preocupan, y con eficiencia, de mostrar toda apariencia de contradicción entre los sacerdotes y el Evangelio.

Aquí se llega al problema de la **POBREZA MATERIAL**.

No basta la pobreza de espíritu y el desapego interior. La pobreza debe aparecer afuera y traducirse en un lenguaje que los hombres de este tiempo puedan comprender.

El P. Voillaume dice al respecto: "Sólo puedo recordar un hecho: ¿cómo es posible que hombres y mujeres consagrados a Dios en la pobreza y que han renunciado a todo por seguir a Cristo, vivan de tal manera, que su ideal de vida no pueda ser comprendido por los hombres de su época? Un abismo separa las concepciones económicas en las cuales está basada la pobreza de los monasterios y las concepciones que engendran la pobreza del proletariado. Nosotros decimos de los religiosos "pero si son pobres". Sin duda que ante los ojos de Dios y de la Iglesia son realmente pobres. Pero, tal vez, no cumplen en su totalidad lo que debe ser su misión de Iglesia, si no viven los valores evangélicos de tal manera que puedan ser comprendidos por los hombres, sobre todo en una época en que el signo tiene más importancia que nunca. Terrible problema planteado a la Iglesia y ¿acaso no es triste constatar el número pequeño de los que lo sienten con angustia?"

Problema de testimonio de vida de pobreza material. Es verdad que hay vocaciones personales que hay que respetar; pero es verdad también que la solidaridad con los pobres de la tierra debe

ser una llamada angustiosa a nuestras conciencias.

Ser pobres y ser estimados como pobres. Ser tratados como pobres y no como ricos que a veces juegan a ser pobres.

El clero diocesano está llamado a trabajar, en muy buena parte, con los sectores más desamparados y esto es una llamada a una mayor comprensión del mundo de los pobres y a una pobreza más real, más cruda y más total.

Dios quiera que el Señor no se avergüence de nosotros y no nos diga como a las vírgenes necias de la parábola: "No os conozco y no sé de dónde sois".

Vivimos en un edificio que es un lujo para las poblaciones callampas (1) de la ciudad de Santiago y nuestro standard de vida, sobrio según nuestra concepción, provoca al menos la admiración de los pobres.

Nuestro barrio es un barrio cercano a los más elegantes de Santiago. Tenemos una extraordinaria casa de vacaciones, etc...

Todo esto es justo, sobrio y bueno; pero es un motivo de choque para los ambientes proletarios.

(1) Núcleos suburbiales.

IV CONCLUSION

En estas páginas he planteado todo el problema y he tratado de ser lo más claro posible.

Esta carta pide una meditación muy honda de nuestra realidad evangélica. Pensar delante del Señor, lo que somos y cómo vivimos la pobreza interior y el desapego a todo lo que nos pueda apartar de Cristo, nuestro único tesoro.

Una meditación sería que termine con una oración a María pidiéndole dé al Seminario el espíritu del Magnificat.

Además se nos pide plantearnos el problema de la pobreza material y del estilo de vida que debe tomar nuestra comunidad.

No basta una concepción teórica del Evangelio. Dios nos pide traducir todas estas ideas en una sobriedad de vida, en una simplicidad de manera de ser y de vivir, en gestos concretos, que hagan inteligible al obrero actual la realidad de nuestro Evangelio.

Frente al problema del mundo actual y en especial frente a la ideología marxista, la única respuesta convincente será una vida en la que se trasluzca que creemos que el Evangelio es verdad y que las palabras de Jesús son para vivirlas en plenitud.

Le pido a cada curso que estudie el problema de la concretización de esta carta y me presente ideas para afrontar la realidad con valentía y decisión. Juntaré todas las opiniones de ustedes y espero poder resolver cosas concretas, de acuerdo con los profesores, y sobre todo contando con las oraciones de todos para ser fiel a la Iglesia y a la acción del Espíritu Santo.

Tengo la convicción de que en esta hora de la Iglesia hay problemas muy serios y difíciles y que es posible salir adelante, siempre que miremos con confianza y valentía la situación y afrontemos con decisión las actitudes que el Señor nos pida.

Termino citándoles una frase de un hombre de Iglesia al hablar sobre el Concilio:

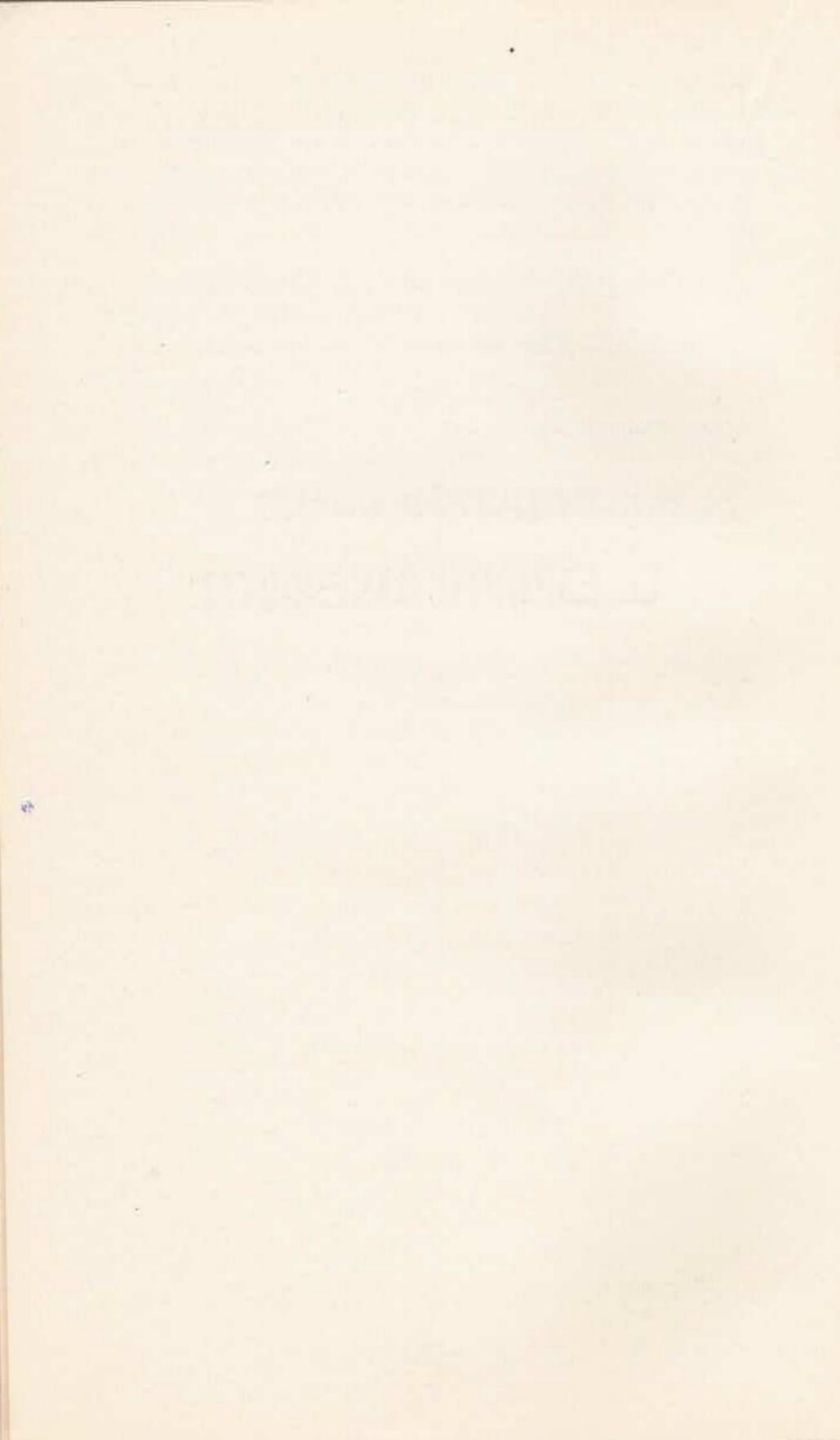
“Es en la noche cuando es bello creer en la luz.”

“Es necesario forzar a la aurora a nacer, creyendo en la aurora.”

CARLOS GONZALEZ C.

Rector

segunda carta:
EL ESPIRITU SACERDOTAL



I PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

queridos seminaristas:

“Debemos asegurar para la vida de la Iglesia una nueva forma de sentir, de querer, de comportarse; hacerle recobrar una belleza espiritual bajo todos los aspectos; en el terreno del pensamiento y la palabra; en el de la oración y la enseñanza; en el arte sacro y en la legislación canónica.”

Al expresar estas ideas S. S. Paulo VI en Belén, el 6 de enero de 1964, ha sintetizado admirablemente lo que sucede en la Iglesia en los tiempos actuales.

La Santa Iglesia busca “una nueva forma de sentir, de querer, de comportarse” y el actual Papa sigue la misma línea de Juan XXIII, que tanto trabajó en “poner al día” la Iglesia y presentarla con un rostro acorde con el Evangelio.

Se atraviesa un período fascinante, aun para

los no creyentes, y causa impresión constatar la capacidad de renovación, la juventud y la audacia de la Esposa de Cristo, que busca caminos nuevos y da pasos sorprendentes para ocupar el lugar que le corresponde en el mundo de hoy.

La velocidad de esta evolución va en aumento y va tomando formas insospechadas; cada día, de sorpresa en sorpresa, aparecen nuevos rumbos fabricados por el Espíritu Santo para acelerar esta renovación.

Es útil recordar que la Iglesia
“vive en continua reforma de sí misma. No vive sino reformándose y la intensidad de su esfuerzo en reformarse marca en un momento dado la eficacia de su vitalidad.” (P. Congar)

Lo notable de la época actual es que esta evolución es palpable, es sensible aun para los más alejados de Ella y esto es algo extraordinario, un don de Dios muy grande, posiblemente no apreciado lo suficiente con un espíritu agradecido.

Todo cambio tiene sus riesgos y eso forma parte del juego cristiano. No hay que temer lo que sucede. Es el Espíritu Santo que “sopla donde quiere” y lleva al Pueblo de Dios con mano segura.

“Existe la moda y el traje. El traje queda y la moda varía. Hay marcos del pensamiento. Hay el pensar. Los marcos estallan y el pensar queda.

Se impone una distinción entre lo esencial y lo accesorio. El envejecimiento empieza cuando lo accesorio toma más importancia que lo esencial. Cuando los marcos dominan el pensamiento, la moda domina al traje. No comparemos el

presente siempre con el pasado. Comparemos el presente con lo que debe ser. El pasado ha tenido sus sombras, no debemos resucitar el pasado, sino construir el futuro.” (Cardenal Saliege)

Hemos entrado en un período de cambios y la Iglesia busca nuevos modos de sentir, de querer y de comportarse. Está apareciendo un nuevo lenguaje, más directo, sin rodeos, a veces incisivo hay un nuevo **estilo de vida, hay cambios de mentalidad** en los hombres de Iglesia; hay anhelos de una **vida evangélica**.

Ha aparecido y tomado importancia un personaje que estaba en las sombras: **el laico** y la espiritualidad de laico, la espiritualidad conyugal y el valor del mundo de lo temporal son realidades que crecen con una fuerza invasora.

Paulo VI nos dice que

“la Iglesia no puede eludir el problema de la unidad” y quiere **“emprender con sabiduría y amor todo aquello que sea factible de permitir a todos los cristianos de gozar de la gran bienaventuranza y del supremo honor de la unidad de la Iglesia”**.

En esta nueva actitud “sin detrimento de la fe y de sus dogmas”, la Iglesia está usando un lenguaje de búsqueda de quienes no piensan como Ella, en una actitud plena de respeto y comprensión. No insiste tanto en lo que separa como en lo que une; no se hace hincapié en las diferencias sino en las semejanzas.

Toda esta primavera de la Iglesia se está realizando en un mundo muy complejo y muy difícil. Junto a esta realidad positiva hay que apreciar la realidad de un mundo materializado en que la técnica tiene un valor excepcional.

Vivimos en un mundo materializado y tecnificado.

Los adelantos modernos han variado todo y la técnica está produciendo una transformación externa de la vida sin transformar las mentalidades. El hombre actual vive en una época confusa, perpleja y de difícil definición. Los cambios externos son tan rápidos que, con mucha frecuencia, no hay escala de valores ni posiciones concretas frente a asuntos esenciales.

Cada día es necesario formarse juicios y hay que tomar posiciones frente a hechos no soñados y es por eso que la gran mayoría de las mentalidades de los hombres de nuestro tiempo no reconocen valores definitivos; todo o casi todo está en observación y es muy difícil ser categórico porque se sabe que vienen hechos nuevos que harán dudar.

Existe una aparente quiebra de los valores absolutos y todo o casi todo se discute y se mide con un desparpajo abismante. Cada hombre busca su línea propia y diferente. Una época confusa y perpleja hace un hombre confuso, impreciso, perplejo.

Y en este cuadro, con grandes esperanzas y complejidades, es necesario situar la formación de los futuros sacerdotes.

Cada seminarista es hijo de esta Iglesia buscadora e inquieta por tener el rostro de Jesús y también es hombre de esta época compleja, materializada, dominada por la técnica y la eficiencia. El Seminario debe formar "sacerdotes pastores para el clero diocesano y para los hombres y la época actual"; debe mirar la renovación que quiere el Concilio Vaticano II y debe conocer la realidad psicológica del hombre de hoy.

Con mucha sabiduría se ha definido la espi-

ritualidad del clero diocesano en un "rodear las leyes permanentes del estado sacerdotal con las contingencias espirituales reclamadas por los tiempos y por las necesidades que éstos piden". Hay sacerdotes que miran con temor esta evolución y este estallido de muchos marcos y ven con miedo que "las leyes permanentes del estado sacerdotal" pierdan su fuerza y se llegue, con muy buena intención, a un caos completo, sin valores esenciales. Algunos temen una evolución demasiado rápida y descontrolada y estiman que no es imposible pensar en una quiebra de valores sacerdotales con serias consecuencias para la vida de la Iglesia.

Es evidente que el Espíritu Santo cuidará de su Iglesia; pero también es verdad que se requiere suma prudencia y tino para mantener los valores fundamentales en el contexto de un mundo evolucionado y convulsionado.

He pensado escribirles sobre EL ESPIRITU SACERDOTAL que, bien entendido y vivido, puede ser la solución adecuada al problema planteado en las páginas anteriores. Trataré de insistirles en los rasgos que constituyen el verdadero espíritu sacerdotal y espero que estas líneas puedan ayudarles a una mayor claridad de ideas al respecto.

Durante muchos años nos ha tocado vivir un estilo de vida sacerdotal en que ha habido una supervaloración de lo externo y en un contexto general en el cual se ha insistido mucho más en el "espíritu eclesiástico" que en el sentido de un espíritu sacerdotal. Se ha dado una importancia grande a los modales externos y en las casas de formación ha habido un trabajo enorme, cansador y sacrificado por hacer entrar a las futuras generaciones en marcos convencionales y estereotipados, más o menos rígidos, según las personas

que dirigían la formación de los jóvenes seminaristas.

En los manuales de educación para eclesiásticos había normas sobre cómo comportarse de acuerdo con la dignidad sacerdotal que se iba a adquirir con el sacerdocio y, conscientemente o no, se formaba una verdadera "casta" sacerdotal separada de los laicos no sólo por la grandeza del don de la vocación, sino también por todo un corte externo que acentuaba aún más la distancia.

Había normas para caminar, para sonreír, modos cómo colocar las manos y adónde dirigir la mirada, etc..., y esto en general sobrepasaba la buena educación y los buenos modales de urbanidad que debe tener todo ser medianamente educado.

Algunos seculares encontraban que el estilo sacerdotal o el llamado "espíritu eclesiástico" era algo relamido, poco varonil, dulzón, artificial, y lógicamente poco atrayente para el secolar del mundo corriente. Aun hoy día hay muchachos que afirman que para ser sacerdotes "hay que tener cara de cura". Es difícil definir en qué consisten esas características faciales; son realidades indescriptibles, pero no por eso menos reales.

Se han producido cambios y, lo que es más importante, ha habido una evolución en la concepción del sacerdocio. De un concepto en el cual se acentuaba la "dignidad" hemos pasado al acento puesto en el "servicio" de la Iglesia y de los hombres.

La nueva generación clerical busca nuevos caminos y en esta contrapartida hay diversas expresiones; me ha tocado leer las letanías compuestas por un seminarista europeo: "del espíritu eclesiástico, líbrame, Virgen María". Los futuros clérigos quieren ser "normales" y asimilados al

mundo actual, sienten repulsión a todo lo que sea molde externo o norma convencional, y, con una evidente falta de ponderación, han exagerado la nota.

El ingreso relativamente numerosa de vocaciones adultas ha facilitado una evolución. Hoy día es casi imposible, en el plano psicológico, que un hombre que llega al Seminario, ya sea con un pasado de años en el mundo campesino o con una profesión de arquitecto, sea capaz de adaptarse a ese complejo molde "eclesiástico".

La reciente resolución del episcopado chileno de aceptar el clergyman como hábito eclesiástico, junto con la sotana, es un nuevo paso que afirma la posición de la nueva generación. Parece difícil que este nuevo uniforme clerical tenga el mismo valor de símbolo que la sotana, llamada en algunos lugares "la librea de Cristo" y considerada como la mejor defensa de la vocación sacerdotal.

¿Qué pensar de todo esto?

La posición equilibrada parece ser la de reconocer que se ha dado excesiva importancia a los moldes externos y que hay que insistir con fuerza en el pensamiento del Cardenal Suhard:

"La eficacia sacerdotal es ante todo cuestión de espiritualidad y esta espiritualidad no se encuentra en medios externos, ni en devociones superficiales. El sacerdocio se basta a sí mismo, siempre, desde luego, que el sacerdote haga de él, el centro y el ideal de su vida, siempre que se llegue a él como a la fuente primera de su pensamiento y de su acción... El sacerdote no tiene que buscar esta mística sacerdotal fuera de sí, no tiene más que deducirla."

Junto con una insistencia en una espiritualidad

sacerdotal sólida, basada en el mismo sacerdocio es necesario reconocer y respetar algunos valores externos que acompañan la vida sacerdotal.

Siempre habrá un “modo de ser sacerdotal”, una sobriedad en el vivir y una ascética en el mirar. Habrá gustos más apropiados para laicos que para seminaristas. De hecho, hay reacciones que son o que no son propias de un ministro de Dios. Hay una medida, un modo de ser y de actuar, posiblemente no reducible a medidas concretas, que dan la tonalidad y el matiz al hombre consagrado a Dios. Es un problema muy sutil y no fácilmente definible; pero existen características externas que tienen un valor real.

El seminarista es un hombre que se prepara para consagrarse al Señor en amor de castidad por toda su vida. Eso debe traducirse en detalles concretos que mostrarán al seglar que está frente a la realidad de un hermano suyo que “**ha dejado todas las cosas por amor al reino de los cielos**”.

La aceptación de la vocación lleva progresivamente a una evolución externa adecuada a lo que se ha aceptado. El ser mediador entre Dios y los hombres, al prolongar el sacerdocio de Jesucristo en la tierra, conduce a una espiritualidad proyectada en moldes externos y confiere una fisonomía sacerdotal. No se trata de perder los valores personales, ni de dejar de ser lo que se es, sino de impregnar toda esa personalidad humana con el matiz y la espiritualidad propia del sacerdote.

Un seminarista no es un laico. Es un cristiano que al aceptar la llamada de Dios, ha iniciado una evolución en su vida para asemejarla a la de Cristo, Perfecto y Eterno Sacerdote. Está dispuesto a trabajar por adquirir una mentalidad, una fisonomía, un modo de ser y una espiritualidad en armonía con ese sacerdocio.

En estas páginas trataré sobre EL ESPIRITU SACERDOTAL y haré lo posible por poner en relieve los elementos más fundamentales para adquirirlo.

He pensado dividir esta exposición en cuatro partes:

- I. EL SENTIDO DE DIOS.
- II. EL SENTIDO DE IGLESIA.
- III. LA VIVENCIA DE LA VOCACION SACERDOTAL.
- IV. ESPIRITU SACERDOTAL Y VALORES HUMANOS.

Espero que podamos trabajar y ahondar en el estudio de estos valores y que, en los equipos, en los cursos y en las comunidades de Filosofía y Teología se llegue a un crecimiento en este espíritu sacerdotal que es la razón de ser del Seminario.

No hay grados diversos de santidad para el laico y para el sacerdote. No existen castas privilegiadas: hay "una sola Fe, un Bautismo", un solo Padre común, que quiere con igualdad a los hombres, puesto que "en Dios no hay acepción de personas".

El ministerio sacerdotal es sinónimo de Iglesia, para la utilidad común y es sólo Ella quien tiene derecho a colocar a sus sacerdotes donde lo crea más conveniente.

En el futuro, ustedes trabajarán en diversas modalidades. La gran mayoría en un apostolado sacramental, de predicación y dirección espiritual. Otros en apostolados indirectos o de inspiración cristiana en el mundo de lo temporal. Harán lo que el Obispo estime lo mejor y es difícil prever ahora las dimensiones que tendrá el ejercicio del sacerdocio en días venideros.

En la vida sacerdotal encontrarán cristianos de

honda vida de oración, otros hostiles a la Iglesia, una gran masa de indiferentes; pero todos ellos esperarán ver en ustedes a los **HOMBRES DE DIOS**.

Es indispensable trabajar por adquirir un sentido religioso de la vida, el sentido absoluto de Dios, el espíritu de adoración. Es el primer elemento para adquirir espíritu sacerdotal.

Todo sacerdote debe ser "testigo de la trascendencia de Dios". Esto, más que cumplir con las prácticas de piedad, significa estar invadido y trascendido por el misterio de Dios. Es muy verdadero este pensamiento: "Desde el momento en que no se está maravillado, sorprendido y en cierto modo aterrorizado por el misterio de Dios, ya no se es hombre de Dios".

Nos ha tocado presenciar la devaluación del concepto de Dios y es muy fácil que, en esta reducción de sus verdaderas dimensiones se termine por perder el sentido de la adoración. La exigencia del mismo Dios no está en juego; pero ha dejado de ser "EL" Señor. Es un huésped del mundo a quien aún se le guarda una cierta "etiqueta" y se le reconocen algunos derechos; pero no se le considera y acepta como al **ABSOLUTO**.

Misión primera y fundamental del sacerdote, es hacer palpar el absoluto de Dios mediante su palabra y sobre todo a través de su vida, la que debe ser testimonio vivo de la realidad de Dios.

"Si decepciona el sacerdote hosco, más nefasta impresión se recibe de aquel que es incapaz de comunicar el sentido de Dios, ya que el sacerdote es el hombre cuya existencia no se entiende si no existe Dios."

Una vida sacerdotal, incluso para cristianos fervorosos, tiene mucho de misterio, pero cuando

ésta no revela un verdadero contenido de Dios, se hace más absurda e incomprensible.

Un seminarista debe compenetrarse de que es éste el primer problema: el convencimiento del sentido absoluto de Dios y de la necesidad de su irradiación.

La vivencia del misterio de Dios dará un sentido y una dimensión sobrenatural a toda la vida y tomará todo el ser en sus diversos aspectos y hará al hombre religioso. Esta vivencia debe resultar en una primacía de los valores religiosos sobre todo otro valor. El sentido de Dios deberá dominar toda la vida y darle sentido a los otros valores, temporales, de cultura o lo que sea. Si un seminarista no logra entender y vivir su vida en un contexto religioso y no logra vibrar con los valores religiosos puros tendrá que dudar muy honradamente de la autenticidad de su vocación.

Con alguna frecuencia llegan al Seminario muchachos generosos que siguen siendo laicos en su modo de ser y que tienen el corazón puesto en los valores temporales. Ponen buena voluntad, pero instintivamente, la vida los lleva a ese tipo de preocupaciones en forma absorbente, y los valores religiosos aparecen superpuestos como esos parches mal hechos por un mal sastre. Las estadísticas dicen que casi todos ellos no llegan al sacerdocio y quienes lo logran tienen que sufrir un cambio completo de mentalidad antes de entrar en los valores estrictamente sacerdotales. Estos jóvenes serían excelentes laicos y es un error orientarlos al sacerdocio.

No basta tener el sentido de Dios y el valor del Absoluto. No basta tampoco un Dios implícito.

El sentido de Dios debe ser comunicado, transmitido. Un seminarista con espíritu sacerdotal debe comunicar, sin darse cuenta, la belleza y la

paz del amor de Dios. Es trágico encontrar sacerdotes abnegados, tomados por el apostolado, pero que no muestran en ellos al hombre de Dios.

El invisible amor de Dios debe hacerse visible en el hombre que ha sido invadido por este amor y es posible comunicar e irradiar la presencia de Dios. Y es eso lo primero que esperan los hombres de los ministros del Hijo de Dios.

Hay dos expresiones externas que son índices del sentido de Dios:

- 1.—El amor a la Liturgia.
- 2.—La fidelidad a la oración personal.

AMOR A LA LITURGIA

El Concilio Vaticano II ha llamado a una renovación litúrgica y pide a los ministros de Dios “estar impregnados del espíritu y la fuerza de la Liturgia”.

“En los Seminarios, la asignatura de Sagrada Liturgia debe considerarse entre las materias necesarias y más importantes y entre las asignaturas principales en las facultades teológicas... Los clérigos deben adquirir una formación litúrgica de la vida espiritual por medio de una adecuada iniciación que les permita comprender los sagrados ritos y participar en ellos con toda el alma..., de modo que la vida esté totalmente informada del espíritu litúrgico.”

Lo que pide la Iglesia es serio, y la fidelidad y el amor al Señor requieren una profunda revisión de los valores del Seminario, que signifiquen una respuesta leal a la voluntad del Concilio.

...iones sobre algunos principios fundamentales que es necesario meditar y profundizar para vivir de acuerdo con el querer de la Iglesia:

La Pascua es el misterio central de Jesús, el paso del Señor de la Pasión y Muerte a la Resurrección gloriosa.

“Con su Muerte destruyó nuestra muerte y con su Resurrección restauró nuestra vida, pues del costado de Cristo dormido en la Cruz nació el sacramento admirable de la Iglesia entera.” (Vaticano II)

La Eucaristía es la renovación actual del Misterio Pascual, y el centro esencial de la vocación está radicado en la Santa Misa, CORAZON DEL SACERDOCIO.

El Misterio Pascual de la Eucaristía, sacramento de los sacramentos y al cual todos los otros sacramentos están ordenados, se da a los hombres a través de la LITURGIA DE LA IGLESIA y el Concilio afirma que “se considera la Liturgia como el ejercicio del sacerdocio”.

La Liturgia de la Eucaristía se prolonga a través de SIGNOS que tienen eficacia y comunican su gracia en todos los sacramentos por expresa voluntad de Dios y de su Iglesia.

Existe una TEOLOGIA DEL SIGNO y en esa teología se explica el sentido de los signos sensibles, que representan lo invisible, y hablan a la sensibilidad y a la inteligencia iluminada por la fe.

Es muy importante estudiar esta teología de los signos para entender su significado, evitar el peligro de ridiculizarlos y poder explicarlos a los fieles. Los signos suelen ser sutiles y requieren una fineza y una delicadeza interior en los minis-

tros de Dios. Un seminarista sin esta sutil percepción de las cosas de Dios, transmitirá los signos en forma vulgar u ordinaria, haciendo un grave daño a la Liturgia. Cuando un seminarista no logra captar, intuir y vivir la riqueza de los signos de Dios, es señal de que hay valores espirituales fundamentales no asimilados.

Hay una contradicción entre vulgaridad y sacerdocio. Es extremadamente grave que los hombres de Dios no respeten las cosas santas. Debe existir un cuidado por las cosas de Dios, un respeto en el trato de los objetos consagrados, una fidelidad a la ceremonia y al signo hecho con dignidad y devoción.

No es raro oír quejas a los mismos seminaristas sobre la forma como algunos sacerdotes celebran la Santa Misa y sobre el descuido de algunas sacristías. Pero todo comienza en el Seminario y, cambiando los términos, cuidemos que no se aplique a nosotros aquello de "que para enterrar a los muertos, cualquiera sirve, cualquiera, menos el sepulturero".

Existen algunos "negados" para interpretar los signos de Dios por contextura o modo de ser; pero la gran mayoría, en un esfuerzo de delicadeza con el Señor, puede celebrar una Liturgia digna, como se lo merece Dios.

EL CULTO al SEÑOR es la respuesta del hombre a los signos de Dios, comunicados por la Liturgia. Es la expresión concreta de la VIRTUD DE RELIGION. Debe ser hecho, no sólo con los labios, sino con todo el corazón y todo el ser. Un culto hecho sólo con los labios produce un desdoblamiento que rompe la unidad interior y puede llevar a la hipocresía.

Dos reflexiones sobre el culto:

● Es **ACTO COMUNITARIO** y toda Liturgia

es esencialmente comunitaria. Un gran enemigo de la Liturgia es el individualismo.

Es más valiosa la oración litúrgica comunitaria que la oración personal. Es la oración oficial de la Iglesia. Es urgente rectificar algunas piedades individualistas en nuestro Seminario y restaurar la piedad litúrgica a la posición que corresponde.

● Los signos empleados por la Iglesia en el Culto deben ser realizados **en la mente de la Iglesia y como Ella lo ha dispuesto.**

¿Principales signos?

- La proclamación de la palabra de Dios.
- Las cosas santas, destinadas al servicio de Dios, ornamentos, cálices, incienso, velas, etc.
- Las actitudes externas, los gestos y el canto.

En los actuales seminaristas no hay peligro alguno de **rubricismo** o apego a la letra sin espíritu. El peligro a la vista es el **angelismo**, o un querer vivir la liturgia y los signos sagrados en una visión amplia, angelical, en que los detalles son de muy relativa importancia. Es peligroso tender a una mal entendida "libertad y simplicidad de los hijos de Dios".

Una verdadera Liturgia y un Culto digno requieren precisión en los detalles y éstos tienen importancia verdadera.

El espíritu religioso debe expresarse en un amor grande a la Eucaristía y a la celebración de los misterios sagrados. Nuestra vocación de hombres consagrados a Dios nos lleva a un participar "con toda el alma" del sentido litúrgico y a un querer vivir una vida informada por ese espíritu.

El Seminario debe vivir en torno a las grandes festividades en una adecuada preparación y celebración.

RESURRECCION, PENTECOSTES y NAVIDAD tienen un sentido inmenso en la vida sacerdotal.

Finalmente, quiero insistirles en el sentido del "día del Señor". Cada domingo del año es el día dedicado en especial a Dios y hay una prescripción bíblica que debe mantener su fuerza.

La MISA DOMINICAL es el centro de la semana y los hermanos seminaristas en comunidad deben participar con un amor muy grande y una piedad muy especial.

Cada Misa Dominical debe ser la síntesis de la semana que se fue, la acción de gracias por los bienes recibidos y la preparación a los días que se inician. No olvidemos nunca que el corazón de nuestro sacerdocio está en la Santa Misa y que la Liturgia es nuestra mejor expresión de alabanza a Dios.

LA FIDELIDAD A LA ORACION PERSONAL

Juntamente y no separado con el amor a la Liturgia, en un espíritu realmente sacerdotal, debe existir una gran fidelidad a la oración personal.

Una vida sacerdotal debe ser como un filamento de una bujía eléctrica: toda trascendida del amor de Dios.

La vida litúrgica, la administración de los sacramentos, el desarrollo de la vida sacerdotal deberán estar cimentados en un contacto personal, íntimo y profundo con el Señor.

No basta estar convencido del valor de la ora-

ción y de su necesidad. Se requiere un convencimiento vital que lleve a darle tiempo y es falsa la teoría de que basta la oración existencial, la oración en la vida corriente y la oración hecha a través del apostolado.

El apostolado es oración y es un medio maravilloso de santificación en una vida sacerdotal; pero supone una oración personal en cada sacerdote.

Más que recalcar el valor de la oración quiero insistirles en la fidelidad a ella.

Se requiere valentía, espíritu de fe, constancia para mantener una vida de oración; pero es algo esencial en el sacerdocio. Es importante un ritmo de oración en la vida del Seminario, en vacaciones, en época de misiones.

El sacerdocio supone una unidad total por el sentido absoluto de la misma vocación. El nexo de la unidad es el amor y el medio concreto para crecer en el amor es la oración.

Un sacerdote no es un taxi que trabaja por horas. Es una vida permanentemente unida al Señor por el lazo de la oración.

El sacerdocio no es una construcción, es una consagración y eso supone al hombre de Dios que vive de acuerdo con esa consagración.

Ser hombre de Dios es la primera nota del espíritu sacerdotal. Significa además de tener a Dios, tener la capacidad de transmitirle a Dios y hacer visibles las cosas de Dios.

Un hombre de Dios debe ser el testigo visible del invisible amor de Dios.

En esto nunca se insistirá bastante.

Les recuerdo lo que decía el Cardenal Sevin a

sus seminarista:

“Si ustedes no llegan a ser santos, serán los sepultureros de la Iglesia de Francia. Para conducir la Iglesia a la tumba basta un clero honesto; para salvarla, se requieren santos.”

“La Iglesia de Jesús, extendido y comunicado”. Bossuet en forma sobria encierra en este pensamiento la gran realidad de Cristo prolongado en su Iglesia.

A los seminaristas y sacerdotes se nos pide mucho más que una aceptación del misterio de la Iglesia y una obediencia a los dogmas y a la disciplina vigente en Ella.

No basta **“estar en la Iglesia”** o **“ser de Iglesia”**. Se trata de **“sentir con la Iglesia”** o, usando la expresión de Congar, **“sentir en la Iglesia”**.

Se nos llama a una inteligencia sobrenatural, a una estima inquebrantable y a una docilidad a toda prueba en la Esposa de Jesucristo.

Más que defender a la Santa Iglesia de Dios hay que construirla y edificarla con fuerza y con un sentido dinámico, vigoroso. Eso es **“asegurar para la Iglesia una nueva forma de sentir, de querer y de comportarse”** como lo pide Paulo VI.

La Iglesia, pueblo de Dios en marcha hacia la Jerusalén celestial, ha adquirido una conciencia viva de su condición dinámica y peregrina; marcha a un paso acelerado por nuevos rumbos y es fundamental que los sacerdotes puedan estar a la altura de los tiempos.

El Espíritu Santo está abriendo nuevos caminos y hay actividades humanas, hay organizaciones queridas por Dios, pero, no siempre es fácil coordinar los caminos existentes con los rumbos nuevos que se abren con perspectivas sorprendentes.

La desobediencia es inaceptable y tampoco es buena la decisión de no reaccionar o estar en la Iglesia en una obediencia pasiva, cercana al nirvana.

Quisiera tratarles cuatro facetas del sentido de Iglesia:

- 1.—La docilidad incondicional.
- 2.—Sentir en la Iglesia.
- 3.—El espíritu creador y visionario.
- 4.—El respeto a lo existente.

● LA DOCILIDAD INCONDICIONAL

Ustedes son hijos de la Iglesia y Ella les dará lo más hermoso que posee el sacerdocio de Jesucristo. Será un don sin retorno, para siempre, en un acto de confianza ilimitada.

La única respuesta posible es la respuesta de la docilidad y de obediencia incondicional, por amor.

La concreción deberá canalizarse en la docilidad y el amor al Obispo "el mayor testigo de Cristo en la Iglesia".

De los Obispos "puestos por el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios", ha dicho hermosamente San Ignacio de Antioquía: "No son sino uno con el Espíritu de Jesucristo. No debéis tener con vuestro Obispo más que un solo y mismo pensamiento. El presbiterio está unido al Obispo como las cuerdas a la lira..."

El Santo Padre con los Obispos expresan la voz de la Iglesia, y a esa Voz se le debe incondicional y absoluta obediencia.

Se requiere una docilidad en la fe, con humildad, en el amor y con alegría. Con todo el corazón, con verdadero espíritu.

Cada uno de ustedes debe concebir la obediencia en estas condiciones o será causa de problemas para el Obispo en el futuro y en el momento de la tonsura, esta docilidad interior, profunda, ya debe ser una realidad.

La obediencia será difícil y posiblemente habrá momentos conflictivos; pero si hay una entrega sobrenatural, incondicional a la Iglesia, toda dificultad será llevada con amor y alegría.

La obediencia no es la adulación o la diplomacia; un súbdito obediente deberá mostrar con lealtad y franqueza sus puntos de vista y su concepción de los problemas. Después de haberlos planteado, obedecerá a la voluntad de Dios expresada a través del Obispo o sus representantes.

● SENTIR EN LA IGLESIA

Es entrar en forma integral y colocar todas las capacidades en la vida de la Iglesia.

Actualmente, es vibrar con las orientaciones del Concilio y con su trascendencia. Es ahondar en

la renovación litúrgica y captar la colegialidad del episcopado.

Sentir en la Iglesia es alegrarse de los nuevos pasos hacia la unidad que ha dado el Santo Padre.

Es sufrir con lo que sucede en China y es preocuparse de la suerte del cristianismo en Africa, en Cuba, en América Latina.

Significa sentir con la Iglesia una preocupación seria y apasionada con todos los problemas de la Iglesia universal y con la orientación concreta de la Iglesia en Chile.

Es entender en forma existencial que somos la Iglesia.

● EL ESPIRITU CREADOR Y VISIONARIO

Si se estudian las personalidades de Juan XXIII, de Paulo VI, del Cardenal Suhard, del Padre Hurtado y de otros hombres de Iglesia, será fácil entender lo que significa un espíritu creador y visionario.

Todos tenemos que reflexionar intensamente en el futuro de la Iglesia de Cristo.

Además de ser **“dispensadores de los misterios de Dios”** tenemos que ser Profetas, anunciadores de la Palabra y Pastores, jefes del Pueblo de Dios.

Ustedes deberán presentar el eterno e inmutable sacerdocio de Jesucristo en formas adaptadas a los tiempos, de modo que el sacerdocio de los seminaristas de hoy, no será una repetición y una copia exacta de las actuales expresiones del sacerdocio.

Deberán ser **“sacerdotes antiguos en hombres nuevos”**.

Esencialmente, la Pastoral será siempre una pastoral del Culto, de la Palabra y de la Comunidad; pero las formas concretas irán variando según las modalidades de los tiempos.

Ustedes tienen que ser hombres inquietos, buscadores de sendas **nuevas** y capaces de presentar siempre joven el rostro de la Iglesia.

Dentro de 20 ó 30 años, posiblemente antes, los actuales esquemas pastorales serán mirados con escepticismo por las nuevas generaciones. Es de una importancia tremenda que ustedes hayan sabido captar un espíritu visionario y creador que los haga aptos para seguir las inspiraciones del Espíritu Santo.

● RESPETO POR LO EXISTENTE

Me explicaba un sacerdote joven que **“estamos en los tiempos de la liberación”**, y es tan fuerte el cambio y la evolución de la Iglesia que hay cristianos que creen con gran sinceridad que **“están cambiando la religión”**.

Es necesario afrontar los nuevos cambios y captar las corrientes nuevas en un ambiente de respeto y de comprensión por lo que hay.

La **“nueva ola”** desea cambios y es peligroso el deseo del cambio por el cambio.

Es positivo adaptar un esquema nuevo, si es mejor que el anterior y los métodos modernos, si son superiores a los antiguos; sería estrechez de miras no querer asimilarlos.

Es poco sensato destruir un esquema o un método antes de tener pensado el nuevo esquema o el nuevo sistema.

Una destrucción negativa, que no sabe construir en forma simultánea, es nefasta y peligrosa.

Por lo contrario, es propio de mentes visionarias prever los cambios y estudiar positivamente cómo se hará la evolución. Quebrar estructuras y sobre las ruinas iniciar una construcción nueva revela improvisación y superficialidad.

Por lo demás, las realidades actuales tienen valores grandes y son los frutos de la acción del Espíritu Santo. Es muy peligrosa la posición de arrogancia y suficiencia del muchacho joven que cree saber de todo y destruye lo actual sin saber lo que va a construir.

Con alguna frecuencia llegan al Seminario las quejas de sacerdotes mayores que constatan la falta de respeto por lo existente en los seminaristas y sacerdotes jóvenes.

Les pido reflexionar con profundidad y humildad y valorar lo positivo que hay en la pastoral tradicional.

Un seminarista con sentido de Iglesia debe ser solidario de todos los valores que presenta la Iglesia. El pasado, el presente y el futuro tienen una continuidad lógica y evidente.

Si una generación del futuro pierde la solidaridad con el presente y el pasado, llega a ser una generación sin tradición, sin historia y sin estabilidad.

Hay un valor de Iglesia en la solidaridad con la tradición y el sentido de la Historia es de proyecciones inmensas en la trayectoria de una generación sacerdotal.

La experiencia tiene un valor inapreciable y la continuidad de las cosas da una dimensión muy grande a los hombres de Iglesia.

“Cuando seas algo mayor, sabrás la importancia que tiene la edad en las convicciones de las personas.” (Dostoiewsky)

IV LA VIVENCIA DE LA VOCACION SACERDOTAL

La fuerza del espíritu sacerdotal está en el vivir en su verdadera dimensión, la vocación al sacerdocio; en la práctica, habrá mayor o menor espíritu sacerdotal en proporción directa al modo de enfrentar y vivir esta vocación.

La profesión y el ambiente, en muy buena escala, determinan una mentalidad, un modo de ser, un modo de pensar, un estilo de vida. No es difícil conocer que un hombre es médico o ingeniero por su modo de ser. Cada profesión del mundo obrero tiene sus características propias y aquellos que acostumbran a viajar "a dedo" conocerán bien la mentalidad de los camioneros.

Hay costumbres, lenguajes, modos de reaccionar, ritos que indican el origen y la actividad de los hombres.

En el sacerdocio esto es mucho más fuerte que en las otras actividades humanas. ¿Razón? La fuerza del sacerdocio y el impacto que produce el

carácter sacramental es más fuerte que cualquiera otra profesión.

Ser sacerdote es mucho más que una profesión o un estado de vida, ya que es la misma vida vivida en forma sacerdotal. Las profesiones se pueden dejar y las actividades humanas se pueden interrumpir; pero el sacerdocio es para siempre, es indeleble y es la manera de ser cristiano en una misión que no termina jamás.

Ser sacerdote es ser ministro de Cristo y además de representarlo en los actos sacramentales, es un llamado a una configuración e identificación total con quien se representa. El buen sacerdote vive preocupado con la idea de San Pablo **"ya no soy yo, es Cristo quien vive en mí"**, y como San Juan Bautista trata de que **"El crezca y yo disminuya"**.

Consagrar la Hostia, perdonar pecados, lleva a una identificación con los mismos sentimientos del Señor, si no se produce un divorcio o desdoblamiento interior que resultará en una caricatura; pero no la imagen de Jesús.

El sacerdocio es una mediación entre Dios y los hombres y es una urgencia a la santidad porque: **"los cristianos deben ser santos; pero los sacerdotes deben ser sus santificadores; si todos deben ser perfectos, los sacerdotes están llamados a llevarlos a esa perfección."** (Cardenal Mercier).

Hay un llamado a lo absoluto en nuestra vocación. En forma explícita o latente, da temor entrar en una vida en que el Absoluto debe ser Rey y Señor. Todo seminarista teme al despojamiento y olvido de sí mismo: hay miedo que Jesús tome nuestro lugar y que nunca seamos nosotros mismos.

Todos vemos que los santos suelen ser los gran-

des solitarios, y la soledad inspira escalofríos; es muy real el miedo a la santidad y al contacto con Dios. Es explicable que dé temor el amor invasor de Dios que penetra las almas cuando éstas, generosamente, aceptan la voluntad divina con todas sus consecuencias.

Dice Bath que **“El Dios Santo es siempre peligroso para el hombre”** y es muy sugestiva la oración de un cristiano: **“Señor, líbrame de la tentación de la Santidad. No es mi trabajo... Yo no soy de esa pasta.”**

El celibato, la consagración a Dios en virginidad, aparece duro y ustedes saben muy bien que todo hombre se complementa en el matrimonio y que un solterón es un hombre a quien le falta la otra mitad. Gracias a Dios, la fe es una realidad. Por la fe sabemos que en el hombre consagrado en amor de castidad, Dios colocará la otra mitad y la vida tendrá un sentido pleno. Sabemos, por la fe, que el hombre puede realizarse en plenitud en el estado sacerdotal.

Es real la palabra empeñada por Jesús y El no nos abandonará ni nunca estaremos solos. Hemos creído en el **“hombre nuevo, creado en justicia, santidad y verdad”** y estamos ciertos que, si nos perdemos en Cristo, en el don total, nos encontraremos en Jesús y seremos verdaderamente nosotros mismos.

“El amor echa fuera al temor”; pero siempre existe la tentación de transigir y vivir un sacerdocio a medias y claudicar en una entrega al Absoluto que no sea muy absoluta. Y esa puede ser la gran tragedia: una vivencia sacerdotal comprometida con los valores absolutos es posible transformarla en una tensión o juego de mezquindad que lleva a una terrible frustración.

Es el contrasentido de dejar muchas cosas, fa-

milia, riquezas... y no encontrar al Señor, a la Paz de Dios por no haberlo dado todo.

“El sacerdocio es cercano y permanece inaccesible; transparente y queda misterioso; se le cree comprender y escapa a toda definición. El sacerdocio no se inventa: es.” (Cardenal Suhard).

Esencial es entrar en una concepción del sacerdocio con todo su sentido absoluto, aparentemente contradictorio, tajante y duro y en esa exigencia urgente a la santidad. La concepción superficial o mediocre de la vida sacerdotal, casi con toda seguridad, llevará a vivirla en forma limitada, soportada o arrastrada.

No se olviden que, al entrar en los caminos del sacerdocio, se penetra en un proceso irreversible en que hay que llegar a las consecuencias que el Señor pide o uno se expone a una vida, humana y sobrenaturalmente destrozada y sin sentido.

Es fácil entrar en un juego de compensaciones; pero hay que recordar que el tesoro de la vocación es comparable a la perla fina del Evangelio y es menester venderlo todo para adquirirla.

Este es el primer paso para una vivencia sacerdotal y este enfoque es básico para un espíritu sacerdotal.

Entre los otros valores trataré:

- La fe en el Hijo de Dios.
- La caridad pastoral.
- El espíritu del Evangelio.
- El papel de la Virgen María.

●La fe en el Hijo de Dios.

Se autodefine un sacerdote:

“Soy un misterio incomprensible para quien no tiene fe. Si no me colocan bajo la luz de la fe, si no me miran bajo los ojos de la fe, si no saben cómo define la Iglesia, que es también misterio de fe, toda mi presencia no tiene ningún sentido. Sin embargo, no soy tan desconocido. Existo a causa de Alguien, JESUS, que los atrae tal vez; pero de quien ustedes me han disociado, cuando **sin El, yo no tengo razón de ser**. Soy su testigo hasta el final de los siglos.

Soy sacerdote porque El es sacerdote soberano y eterno, el solo y único sacerdote”.

Con la esperanza y el amor, la fe es el fundamento de todas las virtudes. Más que una fe en un mensaje o en una doctrina, se nos pide, en primer lugar, la FE VIVA EN EL SEÑOR JESUS, en la realidad de su persona, viva, actual, Resucitada y Gloriosa.

La fe es la adhesión a la persona del Cristo Resucitado.

“Hijos de Dios son los que creen en su Nombre”; y dice San Pablo: “ha creído y por eso ha hablado”, que “no ha querido saber de otra cosa sino de Cristo Crucificado”, y termina sus días en un acto de fe: “Sé a quien me he entregado y estoy seguro de que no seré defraudado”.

Hay una vida de la fe que crece, debiendo llegar a la unidad con la vida. Hay un proceso de educación de la fe que supone atravesar montañas.

El bautismo, sacramento de la fe, nos dio el germen de la fe, la cual debe crecer y llegar a florecer en una fe adulta que es lo que produce

la unidad interior.

La fe adulta y la unidad interior entre vida y fe es una elaboración ardua:

“Creer que se puede llegar a esto sin un esfuerzo de todo el ser, que toma como base la adhesión, sin cesar interrogada, reafirmada en la vida, a la persona de Jesús, es una empresa desesperada.”
(Liegé).

La fe es **“un conocimiento peregrinal”**, un conocimiento en la espera que debe atravesar las apariencias, y como lo dice De Lubac: **“nunca será una solución de facilidad”**.

Quien llega al convencimiento existencial de que su fe es un conocimiento de peregrino dirá **“Estoy o vivo en la fe”** en lugar del clásico **“tengo fe”**.

Todos los seminaristas y los hombres consagrados a Dios deben aspirar a vivir en una perenne juventud de espíritu y en una fe renovada. Deben trabajar por crecer en la fe adulta, en la que unifica toda la vida.

El gran enemigo de un espíritu sacerdotal, es el acostumbrarse a las cosas santas, el caer en la rutina. La gran defensa es una fe viva, sin arterioesclerosis, no fosilizada, como el carbón encendido y no como la piedra dura.

Hay tres grandes alimentos de la fe: la BIBLIA, la LECTURA ESPIRITUAL y el estudio de FILOSOFIA y TEOLOGIA.

No una lectura hecha de cualquier manera o un estudio a la ligera, en forma superficial.

La Biblia debe ser leída en un contexto de oración. Todas las lecturas y estudios deberán rea-

lizarse en un clima de serenidad, en un trabajo de asimilación personal, de reflexión y oración.

San Juan habla de haber **"palpado con las manos"** las cosas de Dios y toda la belleza de los escritos joánicos es fruto de una contemplación honda en un sacerdocio progresivamente vivido y asimilado.

● La caridad pastoral.

El sacerdocio diocesano es una participación directa del sacerdocio del Obispo, constituido en estado de perfección. Según Santo Tomás, este estado de perfección consiste **"en que un hombre, se obliga, por amor a Dios, a consagrarse a la salvación del prójimo"**.

La caridad pastoral es consecuencia del amor a Dios. **"Un apostolado sin amor, es contradicción en los términos pues todo apóstol obra en nombre del amor"**. (Pío XII)

Todo apostolado verdadero está enraizado en el amor de Dios o será filantropía, activismo, búsqueda de sí mismo. Es de gran importancia recalcar que:

"llevaremos a los otros, no nuestro amor, sino lo que hemos aprendido del amor de Dios; en realidad no conocemos el amor de Dios, si no amamos sólo por El y si no dejamos a El en nosotros, amar al prójimo." (Evely)

Una verdadera caridad pastoral supone un alto grado de amor a Dios, un conocimiento profundo del Señor y de su Evangelio y una disposición de comunicar el amor de Dios en una donación de sí mismo al prójimo, en un apostolado de Iglesia.

Es entender que el prójimo es **"un misterio de Dios"** y saber que **"quien ama, tiene cumplida toda la ley"** (Rom., 13,8).

Una comprensión de la caridad pastoral lleva a una serie de consecuencias que constituyen una fisonomía y un espíritu sacerdotal diocesano.

El primer aspecto que se destaca en un pastor que ha entregado su vida al servicio de sus semejantes es la **ORACION PASTORAL**.

Es muy diferente el tipo de oración de un monje contemplativo, de un laico y de un sacerdote diocesano.

Es verdad que toda oración es cristiana, vale decir: "está fundada en Cristo Resucitado, inspirada por el Espíritu Santo y orientada hacia el Padre"; pero hay matices de oración que dicen relación con las diversas personas y con las diversas vocaciones de la Iglesia.

Ustedes, los seminaristas, deben buscar caminos de oración que estén adecuados a sus diversas personalidades y en concordancia con una espiritualidad de sacerdotes consagrados al servicio pastoral.

Hay cuatro líneas en una oración pastoral:

a) **Adoración.** Es el sentido gratuito de adoración a Jesús y, con Jesús, al Padre Celestial.

b) **Oración Pastoral o sacerdotal.**—Es la oración de mediación por todos los hombres, es la oración con sentido de intercesión, de reparación, penitencial.

c) **Oración Eucarística.**—Devoción esencial en el sacerdote que vive para la Eucaristía.

d) **Oración Eclesial.** Es la oración en nombre de toda la Iglesia, en espíritu de caridad universal.

Hay un segundo aspecto: la caridad pastoral tiene un espíritu y un modo de vivir el precepto del Señor.

San Pablo sintetiza maravillosamente bien este espíritu al decirnos: **“Revestíos de entrañas de bondad, humildad, mansedumbre y longanimidad.”** (Col., 3,12)

La actividad apostólica es **“un misterio”** o servicio al prójimo y este servicio debe estar rodeado de **bondad** que **“ha sido el rasgo dominante de la fisonomía y del ministerio de Jesús.”** (Spicq.)

La bondad o benignidad es uno de los frutos del Espíritu Santo y toda caridad pastoral está cimentada en la bondad que no juzga, que no condena, que cree en el prójimo. Es la bondad misericordiosa que hace bien por presencia.

La caridad pastoral debe ser en la **humildad** y es indispensable entender que la falta de humildad compromete a la caridad. El apóstol de los hospitales, San Camilo, aseguraba que **“a los enfermos hay que servirlos arrodillados”**, y San Vicente enseña que hay que trabajar con humildad **“para hacerse perdonar lo que se da”**.

La bondad humilde lleva a la **mansedumbre** y un sacerdocio centrado en la caridad pastoral debe seguir las huellas del Obispo que **“no debe ser batallador, sino pacífico”** (I Tim., 3) **“ni arrogante ni iracundo”** (Tit., I, 7).

Habrà que tener presente que Jesús nos ha dicho: **“aprended de mí que soy manso y humilde de corazón”** y **“los mansos poseerán la tierra”**.

Finalmente está la **longanimidad**, la paciencia o el amor desinteresado. Es la caridad **“que no busca sus propios intereses”** a imagen del magnánimo amor de Dios **“que nos amó primero”**.

Una caridad desinteresada evita las mezquindades, las envidias, la preocupación del prestigio personal. Termina con las comparaciones odiosas y no se preocupa del **“escalafón”** o **“carrera eclesiástica”**.

En este espíritu de la caridad pastoral no hay preocupación por el dinero e incluso hay desinterés por el éxito personal importando solamente que Jesucristo sea predicado y glorificado.

Es vivir un sacerdocio amando a la Iglesia, olvidado de sí mismo y en un servicio al prójimo, en humildad silenciosa.

En último lugar, la caridad pastoral tiene una serie de **proyecciones concretas** en la vida de un seminarista y de un pastor.

Se da un **respeto** y una estimación por el prójimo; crece la preocupación por no atropellar o anular las personalidades ajenas; será posible una **amistad** verdadera, un trato con **delicadeza** y se puede llegar a la verdadera **paternidad**.

El sacerdote ha renunciado al matrimonio; pero no ha abdicado de la paternidad y una caridad pastoral, bien concebida y hermosamente realizada, da una verdadera paternidad sacerdotal.

Una caridad pastoral mal proyectada lleva al paternalismo, que es el deseo de poseer las personas, en una triste caricatura de la paternidad, en un deseo de dominio egoístamente entendido.

Una verdadera preocupación pastoral lleva al interés por conocer las mentalidades, las angustias y los problemas del prójimo y tiene como consecuencia una real encarnación en los hombres y en los ambientes en que el Señor nos va colocando.

El sacerdote con caridad pastoral se hará pobre con los pobres, sufrirá con los que sufren, entenderá a los poderosos y "**se hará todo para salvarlos a todos**".

La caridad pastoral se forma desde el Seminario y es ahora cuando hay que superar el egoís-

mo, el orgullo, la avaricia y todas las expresiones de falta de amor.

Los rasgos del Cristo, el Buen Pastor, deben irse perfilando en los años del Seminario en las personalidades de todos los seminaristas y un trabajo generoso suprimirá los malos juicios, las críticas destructivas; dará el espíritu universal de caridad con todos.

La fidelidad a la gracia deberá mostrar los pecados de omisión y hará superar los egoísmos inconscientes, los "tonitos" difíciles, los tratos ásperos y aumentará el ambiente familiar del Seminario.

Algo muy importante: La caridad pastoral bien entendida lleva a la seriedad de la vida intelectual.

La pastoral depende, en muy buena parte, de una Teología y de una Filosofía bien estudiada y hay un deber de caridad grave, en conciencia, de un estudio profundo de todo lo que presenta la Iglesia y el Seminario.

Es peligroso encandilarse en un utilitarismo inmediatista y dejarse llevar por el practicismo; pero una verdadera caridad evita el pragmatismo y afronta con seriedad la vida intelectual.

● **El espíritu del Evangelio.**

Es imposible imaginar un espíritu sacerdotal y una vivencia de la vocación, sin tomar muy en cuenta los valores del Evangelio que nos muestran a Jesús y a su mensaje de salvación.

El sermón del monte, los tres consejos de la pobreza, castidad y obediencia, el amor a la Cruz, el espíritu de infancia, el amor fraternal, etc... constituyen llamadas permanentes, con frecuencia

dolorosas, a un estilo sacerdotal marcado con las enseñanzas de Jesús.

Cada pasaje del Evangelio es una invitación a tomar "el camino estrecho"; todo está entrelazado y la pobreza llama al espíritu de sencillez; la castidad se apoya en la obediencia; todo está teñido por la Cruz; la meta del camino es la Paz que trae la felicidad.

En el fondo, es un solo e insistente clamor que lleva a la perfección y a la identificación con Jesús.

He preferido no tocar ningún aspecto concreto y sé que todos ustedes están sinceramente preocupados por un sacerdocio evangélico, sencillo en caridad y en alegría.

Hay mucho que recorrer; hay mucho que dar todavía; de repente, a todos nos parece que la realidad actual está tan lejos de lo que debiéramos ser.

Es demasiado elocuente el ejemplo y el lenguaje del Señor; es apremiante el amor de Dios que nos urge a vivir el mensaje y es terriblemente fuerte ver la desigualdad entre los hombres; las miserias del mundo obrero; la indiferencia de los que poseen frente al dolor y la amargura de quienes no tienen nada que perder.

Más que hablar y escribir habrá que rezar más, para pedir la gracia y la valentía para ser consecuentes y que el Señor no se avergüence de nosotros en el Divino Juicio.

Estemos siempre en una actitud de abertura y demos los pasos que el Espíritu Santo nos vaya indicando.

La Iglesia, hoy día más que nunca, está girando en torno a este espíritu y vienen tiempos ma-

ravillosos. Ojalá que sepamos responder en una actitud generosa y disponible.

Una sola cosa: tengamos confianza en Jesús y si vivimos en la simplicidad, en la pobreza, en la humildad del sermón de la montaña, hallaremos seguramente una mayor paz y un gozo más sereno.

Si los ministros de Dios vivimos cada día más de acuerdo con el Evangelio estaremos más cerca de los pobres y la Iglesia de Jesús será más auténticamente "la Iglesia de los pobres".

●El papel de la Virgen María.

Dom Columba Marmión llegó a una profunda devoción mariana siguiendo el camino de Jesús; llegó "a la Virgen por Jesús". Muchos otros tienen un proceso inverso y llegan "a Jesús por María". Los dos caminos son buenos.

En nuestro Seminario, de corte cristocéntrico, habrá más de alguno que tomará el camino de Dom Marmión. Lo importante es que todos ustedes tengan una profunda y sólida devoción mariana.

Hay una relación personal con la Virgen dejada por Jesús como Madre de cada uno de nosotros. Además quisiera insistirles en los tres siguientes aspectos:

a) **María, Madre de Jesús, sacerdote eterno.**

La Santísima Virgen ha captado mejor que ninguna otra criatura el sacerdocio de su Hijo y es Ella la más indicada para enseñarnos a vivir un sacerdocio semejante al de Jesucristo.

Sería imperdonable que no colocáramos a la Virgen en el lugar y en la importancia que corresponde. Entre María y cada seminarista o sacerdote debe haber una comunicación muy honda,

una confianza y una intimidad profunda a imagen de la comunicación, confianza e intimidad que existe entre Ella y Jesús.

b) María, figura de la Iglesia.

La salvación se inició en la Encarnación del Verbo, en las entrañas de María y Jesús se hizo uno de nosotros a través de una mujer santificada, "plena de gracia"; contemplativa, adoradora del Padre y que, con una intensidad extraordinaria, participó en la Pasión del Salvador.

Y la Iglesia, de modo semejante a María, es santa, vive en adoración del Padre y es corredentora con Jesús. Se puede afirmar que María es figura de la Iglesia, ya que hay una relación muy grande entre la Madre y la Esposa del Señor.

En María y en la Iglesia se realizan los tres grandes efectos de la Encarnación del Verbo: la santificación, la contemplación y la corredención.

María es el primer momento de la Iglesia, ya que es quien primero vive las gracias de la Encarnación y Jesús, con Ella, forma la Iglesia.

Ahora es la predecesora de la Iglesia; ha resucitado con Jesucristo y es el anuncio de la Iglesia resucitada del futuro.

María es ahora el testigo de la futura resurrección y nos esperará en la resurrección final.

Aparece obvia la relación Iglesia-María y Sacerdocio.

c) María, testimonio vivo del Evangelio.

El Magnificat es el canto del alma que ha vivido en plenitud el espíritu del Evangelio y es la profecía del sermón de la montaña.

El Magnificat es un testimonio de pobreza, humildad, sencillez y docilidad a la voluntad divina y el Fiat de la Anunciación es la expresión de toda una vida de abandono real en las manos del Señor.

En Ella encontraremos un ejemplo vivo de humildad sincera y de confianza en el amor de Dios. Es por eso que canta que "Dios ha hecho grandes cosas" y afirma que "Dios resiste a los soberbios y da la gracia a los humildes".

En la búsqueda de un sacerdocio evangélico es la Virgen quien tiene la última palabra y es Ella quien mejor nos puede guiar para realizar ese ideal.

Es necesario ahondar en estos tres aspectos e integrar cada día más a María en la vocación sacerdotal.

Ella, la Madre de Jesús y de la Iglesia, puede darnos un espíritu sacerdotal evangélico, en la fe y en la caridad.

El rezo diario del Rosario y todas las expresiones marianas del Seminario deben estar orientadas a acrecentar una mayor unión con Ella para que, en recompensa, María nos comunique el espíritu sacerdotal de su Hijo.

* * *

He tratado de esbozarles algunos rasgos del sacerdocio encaminados a una mayor vivencia del espíritu sacerdotal.

Hay muchos otros aspectos y la belleza del sacerdocio es demasiado grande para reducirla a unas pocas páginas.

Trabajemos juntos en vivir nuestra vocación y mostrar en nuestro Seminario un espíritu que haga amable y atrayente la vocación sacerdotal.

V EL ESPIRITU SACERDOTAL Y LOS VALORES HUMANOS

“La vocación sacerdotal no implica renegar del hombre, sino que lo valoriza en extremo, en lo que es por naturaleza y por gracia, puesto que el Dios que llama, es el mismo Dios que ha repartido sus dones y que pedirá un día los frutos de los talentos concedidos.”

“Antes de formar sacerdotes, los educadores de los Seminarios deberán preocuparse de formar hombres honrados, subrayando con esto la importancia que tienen también los valores puramente humanos en la formación de una personalidad sacerdotal completa.”

Basado en este texto de la Sagrada Congregación de Seminarios, tocaré dos puntos:

- 1.—Algunas virtudes humanas.
- 2.—La madurez de la personalidad.

ALGUNAS VIRTUDES HUMANAS

Las virtudes siempre son las mismas, pero sus enfoques y motivaciones toman diversas modalidades según las circunstancias y la psicología de los hombres y de la época. Hay períodos en que lo individual pesa más que lo comunitario y viceversa. A modo de ejemplo: en nuestros días la solidaridad entre los hombres, la amistad humana han adquirido gran prestigio y la responsabilidad personal ha dado paso a la responsabilidad colectiva.

Los jóvenes actuales, a veces, encuentran pasadas de moda algunas virtudes y supervalorizan otras. Es una simple constatación de hechos.

Algunas virtudes.

● La transparencia.

Las generaciones actuales buscan con gran fuerza una exigencia de verdad, de sinceridad, ya sea en las palabras, ya en las actitudes o en las actividades.

Hubo épocas en que todo fue más convencional y las expresiones eran más alambicadas, pero en la actualidad, aquello que suena a falso, o a poco auténtico, es rechazado. Se quiere que las palabras y los gestos respondan a lo que pretenden significar en forma estricta y fiel y es verdadero el pensamiento de Michonneau:

“Los hombres no viven de ritos y muchas de nuestras Iglesias no son atrayentes porque nuestro cristianismo aparece como un ritualismo que no cambia la vida de los que lo practican.”

El actual anhelo de vida evangélica de muchos

crisianos es la expresión de ese deseo de autenticidad y simplicidad. Los hombres desean quedarse con lo esencial y descargarse de lo accesorio.

Los laicos quieren ver a sus sacerdotes sencillos, fáciles, asequibles y auténticos, no solemnes y lejanos. Los quieren ver tal cual son y rechazan, instintivamente, todo lo que suene a poco verdadero.

Tienen toda la razón y la respuesta sacerdotal debe ser una actitud de transparencia y sencillez evangélica, de acuerdo con el texto evangélico **“si no fuereis como los niños, no entraréis en el reino de los cielos”**.

Significa un modo de ser diáfano, desprovisto de malicia, sin doble intención.

Esta actitud transparente ayudará al **“conocimiento completo de la personalidad del sujeto”** que pide la Iglesia para proceder a una ordenación sacerdotal.

El Obispo debe conocer bien a quien ordena, con sus cualidades y limitaciones. Los hombres enigmáticos, oscuros, misteriosos no deben ser ordenados, ya que la Iglesia no puede correr el riesgo de dar el sacerdocio a quien no conoce.

“Antorcha de tu cuerpo son tus ojos”; es necesario saber mirar de frente y tener una mirada limpia y clara, fruto de la pureza del corazón y de la transparencia interior.

Es una gracia de Dios inmerecida; pero en el Seminario hay un modo de ser transparente y cristalino que siempre habrá que mantener y salvar.

● **La responsabilidad o fidelidad.**

Es fácil que un grupo numeroso de hombres

adquiera un carácter masivo y las masas suelen tender a la irresponsabilidad.

En el Seminario hay un "buen sí" para todo, en acuerdo con el carácter chileno y la gran mayoría de los seminaristas son responsables y serios y se puede contar con ellos. Los más responsables se llaman "los sodas". Hay algunos pocos que no gozan del mismo espíritu y tienen tendencia a no responder a los compromisos adquiridos o evitan el comprometerse demasiado. Inconscientemente, tal vez, "saben vivir".

Eso es grave y debe corregirse en forma radical.

La falta de responsabilidad se manifestaba en los detalles de la vida diaria: la no devolución del libro prestado, el olvido de pagar una deuda, el objeto tomado sin permiso, el atraso a la hora señalada, la falta de un estudio serio, la piedad tomada en forma mediocre, etc...

Al llamar la atención, hace años que la respuesta es la misma en diversos tonos: "yo creía que"..., "yo había entendido"...

No es demasiado extraño ver sacerdotes con poca responsabilidad en los horarios, poco serios en sus compromisos, olvidadizos en el rendimiento de cuentas; todo eso hace casi estéril un sacerdocio que podría haber sido muy fecundo.

Es verdad que ciertos temperamentos tienden a ser dispersos y poco organizados; pero en un hombre consagrado a Dios este defecto debe ser superado. Es demasiado grande el don del sacerdocio para estropearlo con la falta de responsabilidad.

La responsabilidad es una expresión de fidelidad a Dios y es de suma importancia una mayor

ascética y espíritu de sacrificio para vivir un ministerio sacerdotal.

La fidelidad en las cosas pequeñas, la delicadeza con el prójimo exigen una responsabilidad grande; en este sentido la parábola de las vírgenes necias es superelocuente y no requiere mayor explicación. Responsabilidad quiere decir iniciativa, eficiencia, sentido de realización.

● La reciedumbre.

“Los educadores vigilen principalmente sobre esas naturalezas inconstantes para discernir si se trata solamente de inconstancia propia de la edad juvenil, o si es, en cambio, defecto constitucional, propio de ciertos muchachos que se dedican a mil cosas sin llevar ninguna a término, irritables en exceso, siempre vacilantes e indecisos, que, por esc mismo, hacen pensar que en estas manifestaciones se esconde un fondo neurótico.

Tales caracteres, aunque no responsables ciertamente de su estado, sino más bien víctimas de un mundo agitado hasta el paroxismo —no son realmente los más aptos para la milicia sacerdotal, la cual exige temple sano y robusto, pronto a sufrirlo todo y a atreverse a todo por el reino de Dios.”

La Congregación de Seminarios sintetiza maravillosamente bien la reciedumbre que pide la Iglesia a sus seminaristas. El sacerdocio debe entregarse a hombres fuertes, con voluntad firme, decididos y dispuesto a todo por el Señor.

El sacerdocio exige reciedumbre y esta virtud se adquiere en la formación de la voluntad, en el olvido de la propia comodidad, en el amor a la Cruz y a la Pasión del Salvador.

Se dice que la actual generación es blanda, poco recia y carente de espíritu de sacrificio; eso es un contrasentido con las exigencias de la vida sacerdotal. Si no hay una reacción firme, es fácil llegar a una concepción burguesa del sacerdocio, lo cual es una contradicción con todo el espíritu del Evangelio.

●La lealtad y solidaridad.

Son las últimas virtudes humanas en las cuales he pensado insistirles en estas páginas.

El sacerdocio, expresión de caridad, debe estar impregnado de lealtad y solidaridad con los hombres. Es fundamental la lealtad en todas sus manifestaciones con la Iglesia, con el Obispo, con los semejantes, con el Seminario y con todo el mundo.

Es importante la lealtad con el Señor, que nos ha llamado a ser sus amigos y no sus siervos y es menester proyectar esa lealtad en el ejercicio del sacerdocio.

Es necesario ser leales con la Verdad; saber reconocerla y defenderla siempre, aunque sea doloroso en muchas ocasiones.

Sean leales con todos los seminaristas, con los superiores que Dios les coloca y sean leales con ustedes mismos, no se engañen y sepan ver la realidad y la historia personal.

Igualmente, es necesaria la solidaridad con todos los seres humanos, con los desconocidos, con los que viven lejos o cerca, con los amigos y con los menos amigos.

Los seminaristas deben sentirse solidarios de todo "el gremio sacerdotal" en todas sus dimensiones.

La solidaridad entre seminaristas nos llevará a crear un ambiente de familia en el Seminario y nos permitirá superar prejuicios y romper grupos cerrados.

Se requiere una actitud abierta, de ayuda y respaldo mutuo y es necesario llegar a un amor sin barreras.

La **discreción** puede ser expresión de lealtad.

LA MADUREZ DE LA PERSONALIDAD

Ser sacerdote es ser Pastor, jefe y orientador del Pueblo de Dios. Esta realidad significa una personalidad equilibrada, con criterio, en un contexto de normalidad psicológica y en una madurez proporcionada a un **"presbítero" que quiere decir un anciano u hombre maduro.**

Entregar el sacerdocio a hombres poco equilibrados, a mentes de mal criterio, a excéntricos de personalidades extrañas sería una grave imprudencia de grandes proyecciones para la Iglesia y el Seminario debe velar para que esto no suceda.

Contando con una buena base humana habrá que trabajar en los años de formación para adquirir **una personalidad madura y adulta.**

Un sacerdote debe ser **"alguien"** y no **"algo"**; pero no es demasiado difícil encontrar hombres consagrados a Dios con personalidades débiles, disminuidos. Fue penosa la frase de un laico sobre un sacerdote: **"si le quitan la sotana, qué poco quedaría"**.

No es imposible constatar la existencia de sacerdotes deshumanizados o aislados y tampoco es irreal encontrar sacerdotes que sólo pueden trabajar con niños o con personalidades débiles, y

no están preparados para tratar a un adulto de personalidad fuerte. El Seminario debe prepararlos para una madurez sacerdotal y si no logra hacerlo, habría una deficiencia muy seria en la formación.

La madurez es la profundidad de la existencia en todas sus dimensiones. Es una conversión y vuelta a Dios, ya que es "tomar conciencia de que la existencia está polarizada por la fuente misma del ser, Dios".

Madurar es "renacer de nuevo", es ser tomado por Dios, es el fruto final de la educación y es mucho más importante el paso de la adolescencia a la madurez que todos los pasos anteriores.

Aquel que llegue a ser maduro será humilde de corazón y se sabrá pequeño frente a Dios; vivirá en la presencia del Señor y tendrá la infancia espiritual, estado perfecto de un cristiano.

Es trágico quedarse en la superficie de la vida, desconocer las proyecciones de las cosas y ser "una existencia marginal".

Las "existencias marginales" tienden a ignorar lo que sucede en la tierra y buscan refugiarse en mundos prefabricados, pequeños; en lenguaje y moldes estrechos. Se evaden de la vida.

Un sacerdote maduro, según expresión de Claudel, debe "comulgar con el universo, ser solidario con las cosas fundamentales que son la tierra, el agua y la palabra de Dios".

La Iglesia debe ordenar hombres maduros que hayan llegado ya a ser adultos en su personalidad, en su fe, en la captación del sacerdocio. Un sacerdote niño, un sacerdote infantil es un contrasentido en los términos.

Según el Padre Liegé, un adulto tiene las siguientes características:

a) Es el hombre que **ha hecho una primera unidad de su personalidad**. El adolescente está aún "encontrándose"; vive en una unidad transitoria y no llega todavía a esa coherente unidad del adulto.

b) Ha sobrepasado los impulsos y **vive de convicciones** que comprometen su personalidad.

c) Se sabe **responsable de la totalidad de su vida** y en el adulto la vida es un todo, una unidad cohesionada.

d) Es hombre socializado, consciente de sus compromisos sociales. No vive de hechos aislados y ha entendido la solidaridad. Ya no vive centrado en sí mismo. Está abierto al mundo en forma responsable y activa.

e) **Está adaptado a todo lo real de la experiencia**. Realista, no vive en sueños; acepta sus limitaciones sin creerse fracasado. Es capaz de afrontar los elementos de desequilibrio que en él descubre. Es el "hombre cotidiano" que sin evasiones falsas, sabe darle grandeza al mundo de las cosas pequeñas.

El seminarista adulto tendrá decisión en su fe, poseerá convicciones evangélicas; será humilde de corazón con una verdadera dimensión de sus responsabilidades.

He tratado de presentarles un bosquejo de lo que el Seminario quiere de ustedes en el campo de las virtudes humanas y en la madurez de sus personalidades. Es un bosquejo demasiado sintético, incompleto; pero creo que puede ayudarles en la formación de una personalidad más recia y definida como requiere la vida sacerdotal.

En esta carta he puesto de relieve las características necesarias de un espíritu sacerdotal. Habrá diversos grados en la madurez de este espíritu y es evidente que el teólogo debe tener mucho más asimilado un espíritu sacerdotal que un filósofo. Siempre ayuda saber adónde se debe llegar.

Trabajemos con fe y constancia, sin olvidar que:
“los sacerdotes deben ser hombres de su tiempo, que no se vendan a los errores de su época; lúcidos y atrevidos como Profetas; religiosos, intrépidos, capaces de silencio y reflexión, con iniciativas de apóstol y bastante despojados para contemplar al pobre sin apartar los ojos de Dios” (Retif).

CARLOS GONZALEZ C.
Rector

INDICE

índice

Página

UNA CARTA:

● Seminario y pobreza

I.—Hacia un sacerdocio más evangélico.	9
II.—Valores evangélicos y en especial la pobreza	14
III.—Pobreza	15
IV.—Conclusión	23

SEGUNDA CARTA:

● El espíritu sacerdotal

I.—Planteamiento del problema	27
II.—El sentido de Dios	36
III.—El sentido de la Iglesia	46
IV.—La vivencia de la vocación sacerdo- tal.	52
V.—El espíritu sacerdotal y los valores humanos	67

Un Seminario donde existe verdadera "comunidad", articulada en equipos, con una gran trabazón entre educadores y educandos. Una comunidad cristiana donde los superiores son conscientes, en la práctica de su vocación de servicio y de diálogo. Una comunidad donde cada seminarista es considerado como individuo y escuchado con el respeto que merece una persona. Una comunidad en la que la "masa" está ausente. Esto, y muchas más cosas, se entrevé leyendo las cartas del Rector del Seminario Mayor de Santiago de Chile.

